

«Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz.» El 25 de enero soplé 28 velas, rodeada de las personas que más quiero en el mundo: mi familia y mis amigos. Había vuelto a Italia, casi 5 meses después de mi despedida. ¿os acordáis el primer cuento que escribí en septiembre, recién llegada a Málaga?

«Salía desde mi casa con una maleta muy pesada: entre vestidos y zapatos, había varios sentimientos. Dudas, curiosidad, entusiasmo, miedos que se mezclaban con mi ropa.»

Irme esta vez, con la misma maleta, sino con un destino y una experiencia diferente, me hizo llorar de felicidad. Traía en la conciencia el lugar de mi corazón, Trieste. La ciudad donde nací, donde crecí y donde viven las personas que siempre me han apoyado y querido.

Traía, al mismo tiempo, en mi conciencia que, entre varios retos, había encontrado la cuna de mi alma, en Málaga. Estaba tan llena de entusiasmo, tan agradecida y tan orgullosa: contaba a todos de mi Málaga, de mi vida allí, del trabajo en la Fundación y en el hospital, de como me cuidaban como si fuera un miembro de sus familias. Mi ojos no paraban de brillar.

El 25 de enero soplé 28 velas deseando, por primera vez en mi vida, que nada cambiara. Esa es la felicidad, me dije.

Volví el domingo 30 de enero por la noche, tan impaciente de contar lo bien que lo había pasado, lista para concretar mis ideas, para dar una contribución más personal a la Fundación. Lo mejor estaba aún por llegar.

Aquella noche, en cambio, llegó lo peor, lo que no me esperaba, para nada. A través de un mensaje en Facebook, Léo, mi compañero de voluntariado, me avisaba que dejaba el proyecto. De un día a otro.

La mañana después fue horrorosa: me sentí como si él hubiera soplado sobre las velas de mis esperanzas y de las de la Fundación. Deseé que no fuera realidad. Otra vez en mi vida, estaba deseando no vivir lo que estaba viviendo. Esa es la decepción, me dije.

En el mes de Carnaval, yo no tenía ganas de disfrazarme con una sonrisa, fingiendo que todo iba bien.

Había días en los cuales me parecía ser como Alicia en el País de las maravillas. Perdida, decepcionada, sola en su mundo fantástico.

Alicia, en el intento de abrir la puerta, no tenía la forma adecuada para alcanzar las llaves. Era demasiado grande o demasiado pequeña.

Otra vez en mi vida, no me he sentido apta. Esperando enfrente de una puerta cerrada, incapaz de abrirla. He llorado mucho, no tengo vergüenza en decirlo. Estaba como en un mar de lágrimas, casi ahogada. Pero yo no quería ahogarme. Si no quieres ahogarte, lo único es nadar. Moverse, hacer algo. Aunque no sepas donde ir, aunque tu cabeza esté llena de dudas, hay que seguir nadando.

La llave para abrir cualquier puerta está en mí, en mi actitud. Mi forma de ser, esa es la que me abre las puertas.

Un día soplaré mis velas valorándome de verdad y deseando que mi manera de ser, no cambie nunca. Aunque alrededor todo cambie y sea malo o sea bueno, yo deseo seguir siendo como soy. La felicidad es una conquista, que hay de renovar no solo cada cumple, sino cada día.

A la película de mi Sve añadido un nuevo personaje: Alicia y su país de las maravillas. Porque quiero explorar y reconocer las maravillas que llevo dentro. Y vestirme de ellas, no solo como un disfraz de Carnaval, sino como mi manta para toda la vida.